



SOLEMNE INVESTIDURA COMO DOCTORES HONORIS DE  
SALVADOR GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ – EMILIO LAMO DE ESPINOSA

---

Universidad de Salamanca, 11 de octubre de 2012



DISCURSO DEL DR. SALVADOR GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ

Magfco. y Excmo. Sr. Rector,  
Magníficos y excelentísimos señores rectores de las universidades de León...  
Excelentísimo señor vicedirector de la Real Academia Española,  
dignísimas autoridades,  
compañeros del claustro de doctores,  
estudiantes,  
señoras y señores:

Mañana 12 de octubre se cumplirán 76 años de un acontecimiento estremecedor que tuvo lugar entre las paredes de este mismo Paraninfo y cuyos protagonistas principales fueron el general José Millán Astray y don Miguel de Unamuno, a la sazón rector de esta Universidad. El suceso, aunque de sobra conocido, merece ser recordado por su valor ejemplar, pues refleja como pocas las esencias universitarias y las de la barbarie. Se celebraba el Día de la Raza. Tras escuchar un discurso antinacionalista y soflamas totalitarias, Unamuno emite una dura crítica con alusiones directas a Millán Astray. El general se levanta y grita:

¡Abajo la inteligencia!

El rector le responde con ocho enunciados lapidarios, que, a la postre, se convertirían en su última lección:

Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaréis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pedirnos que penseis en España. He dicho.

(Hugh Thomas: *La Guerra Civil Española*. España contemporánea, Ediciones Ruedo Ibérico – Libro IV Apartado 42, Páginas 294 a 295.

“¡Este es el templo de la inteligencia!”. Estos son los muros de la universidad más longeva de nuestro país (pronto cumplirá los ocho siglos), la universidad donde Nebrija concibió, redactó y enseñó la primera gramática del español (y de las lenguas romances), el foco del saber donde se examinó la viabilidad del proyecto colombino, el centro donde se defendieron los derechos de los indígenas, y en el que se gestaron el derecho de gentes y el derecho internacional. Esta es la universidad donde enseñaron también fray Luis de León, el Brocense, Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Francisco Salinas... La universidad donde se formaron san Juan de la Cruz, Fernando de Rojas, fray Bernardino de Sahagún, Mateo Alemán, Luis de Góngora, Beatriz Galindo... La universidad hispánica más conocida, respetada y admirada en todos los confines del orbe.

A este sagrado templo de la inteligencia y del saber me acerco hoy abrumado y, sobre todo, agradecido, porque me llamáis para otorgarme el máximo galardón académico y para hacerme miembro de vuestro claustro de doctores. Estoy confuso porque, a pesar de las alabanzas glosadas por mi querido padrino, yo me veo indigno de tan alto reconocimiento. Siempre me he considerado una abeja obrera de un inmenso enjambre, un hombre sencillo, aunque sensible y agradecido a la amistad en las fibras del alma y en las hebras del cuerpo. Por eso, es justo que hoy vuelva la mirada hacia atrás y reparta las hojas de laurel con todos los que me han ayudado y aun empujado en el camino.

Mi imaginación recrea con frecuencia una historia que no pude vivir, pero que pertenece al repertorio oral de la familia. Es una calurosa tarde de junio. Se ha terminado el curso y en la escuela ya no resuena el coro monótono de los niños que repiten en voz alta la lección. Una joven maestra, vocacional y contagiada de los modernos ideales pedagógicos del momento, sube con brío hacia una pequeña y luminosa aldea situada en la falda del monte. Viene ilusionada y cargada de argumentos, pues desea convencer a un matrimonio de que han de promocionar a una muchacha especialmente despierta y dotada para el estudio.

—Si la enviáis a Oviedo —les dice—, en tres o cuatro años terminará Magisterio. No solo se aprovechará un gran talento, sino que en el futuro será una gran ayuda para sus hermanos.

El resultado de la entrevista era previsible en la familia de un herrero con muchos hijos pequeños y escasos posibles. La misma situación que se habrá repetido en tantos hogares de aquella España. Sin embargo, la historia no se termina aquí. La muchacha que quiso pero no pudo estudiar asumió el compromiso de transmitir su inquietud por la cultura y el saber a sus hijos. Era

mi madre, que me enseñó a contar limpiando lentejas y a leer en un *Quijote* que mi padre había traído de la guerra y en unos libros de mi abuelo paterno, también apasionado lector. Superó su decepción juvenil inculcándome el mejor de los venenos: la pasión por el conocimiento. Y, en sus últimos momentos, cuando apenas había cumplido cuarenta años, pedía que me dieran estudios. En todos los peldaños, en todos los esfuerzos, en todos los momentos difíciles de mi trayectoria académica, el estímulo de su voz me ha hecho fuerte.

Es de justicia que proclame un inmenso agradecimiento a mi familia. A mi hermano, de cuya mano siempre he estado asido, como en la primera fotografía de infancia que tenemos juntos. A mis abuelos y a todos mis tíos, que me han considerado un hijo más. Y, ¡claro está!, a mi mujer, que me abrió las puertas a otra gran familia y que, durante ya más de cuarenta años, desde la sombra y el silencio, desde del sacrificio y la renuncia al propio progreso, ha constituido mi constante soporte. Con ella, he compartido una relación invariable que satisface todos los atributos del amor. Gracias a mis hijos y, ahora a mi nieto, que, sin saberlo, han sido y son la razón de tantas cosas.

Parte de este honor que hoy me dispensáis he de compartirlo con los frailes agustinos. No solo costearon mis estudios durante toda mi juventud, sino que me inculcaron el valor del esfuerzo, de la constancia y de la superación. Me mostraron la importancia de la ilusión, de la amistad, de la generosidad y de la entrega “misionera” como medios de conseguir la felicidad propia.

Ya en la Universidad de Oviedo, hallé magníficos profesores cuyas enseñanzas y orientaciones emergen en los momentos necesarios como las aguas de un géiser. Pero le agradezco de forma especial a la fortuna el inmenso privilegio de haber situado en mi trayectoria un maestro excepcional (D. Emilio Alarcos Llorach), cuyos méritos científicos y académicos es inútil que condense en una sutil referencia. Son bien conocidos y fueron glosados con mejor plectro en este mismo recinto en el día memorable en el que la Universidad de Salamanca le nombró doctor *honoris causa*. Deseo dejar testimonio agradecido de su clarividente magisterio y de su excepcional calidad humana. Bajo el cobijo de su nombre y de su sombra, pudimos formar un equipo ilusionado por ampliar fronteras y explicitar los sólidos principios del funcionalismo lingüístico.

En Zaragoza, mi primera universidad como numerario, pasé dos años inolvidables. Pero ha sido en la de León donde he construido mi casa y donde hemos venido formando entre todos un departamento que constituye mi familia

universitaria. No es posible que hoy os nombre a todos. Pero necesito agradeceros vuestro apoyo, vuestra ayuda, vuestra amistad, vuestra fidelidad, vuestro compromiso con los alumnos y vuestra entrega a la investigación.

No puedo olvidarme en este recorrido de mis editores. Lidio Nieto me ha abierto de par en par el arco de su editorial y de su amistad. El Grupo Anaya me ha posibilitado llegar a muchos alumnos y profesores de enseñanzas medias.

Mi ingreso en la Real Academia Española me ha concedido la oportunidad y el privilegio de tener por compañeros a insignes especialistas en muchas ramas de la ciencia y de la cultura, a notabilísimos creadores y a insignes filólogos, tanto de España como de Hispanoamérica. Su trato con todos ha sido enriquecedor y exquisito, tanto en el diálogo como en la dialéctica, tanto en el acuerdo como en el desacuerdo (a veces por un quítame allá esa tilde). Le debo muchísimo a la confianza que depositó en mí su director D. Víctor García de la Concha (luego continuada por D. José Manuel Blecua): me encargó la coordinación de algunas obras académicas, así como de la dirección de la *Escuela de lexicografía hispánica*. En la realización de estas tareas han participado como sujetos agentes (a veces pacientes) los miembros del Departamento de “Español al día”, del equipo de Gramática, y de la Escuela de Lexicografía Hispánica. Es un privilegio trabajar con vosotros, por vuestra competencia, vuestra profesionalidad, vuestra dedicación, vuestro sentido académico y vuestro afecto.

Fuera de León, he mantenido una especial vinculación con dos centros universitarios: la Menéndez Pelayo y Salamanca. Cuando recorría por primera vez las calles de esta ciudad, resonaron en mí los versos de José Hierro de “Alucinación en Salamanca”:

Pisé las piedras,  
las modelé con el sol. Supe  
que había allí un secreto  
de paz, un corazón  
latiendo para mí.

(José Hierro, *Libro de las alucinaciones*, págs, 105-106)

No encontré solo un secreto de paz y un solo corazón amigo, sino muchos. Desde el primer momento me habéis recibido con los brazos abiertos. A los cursos que me invitabais, he acudido siempre con responsabilidad e ilusión. Impartía, como dice Fr. Luis en *Los nombres de Cristo*, “en medio de las caniculares tres lecciones en las escuelas muchos días de arreo” (pág. 517). Luego me esperabais, no en sotillos renacentistas, pero sí en lugares donde

germinaba el sosiego. A ellos les podría aplicar también las palabras que el insigne agustino asignaba al *locus amoenus* de la Flecha:

...que demás de que este lugar es mejor que la cátedra, lo que aquí tratamos ahora es sin comparación muy más dulce que lo que leemos allí; y así con ello mismo se alivia el trabajo.

(Fr. Luis de León, *Los nombres de Cristo*, pág. 518)

En dichos encuentros hablábamos, sí, como Marcelo, Sabino y Juliano de los nombres y de otras categorías (“qué cosa es esto que llamamos nombre, y qué oficio tiene y por qué fin se introdujo y en qué manera se suele poner”, *Id.* pág. 395). Se proyectaban cursos, encuentros, congresos, proyectos, tesis; se comentaban novedades bibliográficas y noticias de otros tipos.

Pero donde lo universitario se hacía más universal era cuando descendía a lo humano. “Amad la ciencia, pero anteponed el amor”,<sup>1</sup> aconsejaba el obispo de Hipona. En la antología de mis horas más festivas figuran muchas de las sesiones de humor chispeante y de fino chiste. Entre los momentos más auténticos recuerdo algunas cenas, algunas charlas y algunas conversaciones peripatéticas por la Plaza Mayor en las que hablábamos a corazón abierto de nuestras ilusiones, de nuestros contratiempos, de nuestros hijos, de nuestros fracasos, etc.

Yo me consideré uno más entre de vosotros desde que me permitisteis participar en ese demoníaco sorteo que determina quién paga las cañas en el Rúa. A vuestro lado se me fueron transformando las unidades de valor y de medida. Por ejemplo, ahora computo la bondad y la santidad en *luis*es y en *luis*antos de oro. Para la cuantificación de otras magnitudes del alma utilizo *pascuales*, *juanfelipes*, *pepes*, *julios* (como en “Es un chiste de cien julios”), *emilios* y el submúltiplo *miliprietos*, *bártoles* o *bartoles* (que ambas formas registra el uso), *anas*, *guervoses* y *noemises* (con plural anómalo), *carlas*, *mercedes* o *antonios* (que tanto monta), *manchos* y *ciriacos* (también al mismo compás), *bustos*, *ingelmos*, *manolos*, *romanes*, *hinojos*... Gracias, muchísimas gracias por haberme incorporado a vuestro apolíneo coro,

amigos, a quien amo  
sobre todo tesoro.

Gracias, Sr. Rector, a usted y a todos los miembros del Consejo de Gobierno y del Claustro de Doctores, por haber dado crédito a estos enamorados de la exageración y por haberme otorgado tan alto honor.

---

<sup>1</sup> Ergo amate scientiam, sed anteponite charitatem. (Sermo 354, 6 PL 39, 1566).

Gracias a vosotros, familiares y amigos de Asturias. A los que habéis acudido y a los que no habéis podido venir, como tú, Emilio, que sigues esta ceremonia (sin duda en chaqué) desde la otra orilla. Gracias; señor alcalde, por traer todo el cariño de los míos y conseguir que hoy, reunidos aquí regidor y Corte, esté presente todo Bimenes. En vuestros ojos, en vuestros pulmones y en vuestra lengua transportáis colores, aromas y tonos de los paisajes, aires y gentes que formaron el cubículo amniótico de mi infancia. Constituyen el ámbito en el que con mayor autenticidad y sencillez me encuentro y me reconozco. Todos aquellos caminos, casas, corrales, hórreos, huertos y prados tienen vida y guardan historias de otras vidas que resurgen desde el desván de la memoria. Y en el fondo del ojo siempre está, como testigo inmutable y eterno, dueño de todos los meteoros, extenso como un abrazo de padre que nos protege, el macizo totémico de Peña Mayor.

Gracias a vosotros, estudiantes que habéis querido participar en este rito que, más que a unas personas, ensalza el saber. La investigación y la docencia forman una ascensión difícil, pero tienen momentos de dulce recompensa. Ante vosotros me descubro, como hacía Lutero ante sus alumnos, porque sé que entre vosotros se hallan en ciernes maestros del saber, porque representáis nuestra esperanza, nuestro futuro.

He hablado hasta aquí de mi trayectoria vital para agradecer a todos los que me han ayudado y para mostrar que el honor que hoy se me otorga no se debe a mis méritos, sino al hecho de ser un hijo de la educación. Este acto es un homenaje a la institución humana de mayor relevancia que haya creado el hombre. Hace posible la transmisión del saber adquirido a las generaciones que nos siguen. El conocimiento humano puede progresar porque la educación perpetúa lo conseguido y nos permite ampliar sus horizontes. Según la célebre frase atribuida a Bernardo de Chartres, “Somos como enanos a hombros de gigantes; por eso podemos ver más y más lejos que ellos”:

*Dicebat Bernardus Carnotensis nos esse quasi nanos, gigantium humeris insidentes, ut possimus plura eis et remotiora videre, non utique proprii visus acumine, aut eminentia corporis, sed quia in altum subvenimur et extollimur magnitudine gigantea.*

La educación es uno de los procesos más complejos, difíciles e imprevisibles, pues en ella interviene un elevado número de parámetros muy inestables y quebradizos. El educador ha de intuir y creer que todo ser humano es un bloque de mármol del que, si se le quita lo que sobra, podrá salir un

David, o un caballo, como ocurre en el siguiente microrrelato de Eduardo Galeano:

Ceno con Nicole y con Adoum.

Nicole habla de un escultor que ella conoce, hombre de mucho talento y fama. El escultor trabaja en un taller inmenso, rodeado de niños. Todos los niños del barrio son sus amigos.

Un buen día la alcaldía le encargó un gran caballo para una plaza de la ciudad. Un camión trajo al taller el bloque gigante de granito. El escultor empezó a trabajarlo, subido a una escalera, a golpes de martillo y cincel. Los niños lo miraban hacer.

Entonces los niños partieron, de vacaciones, rumbo a las montañas o el mar.

Cuando regresaron, el escultor les mostró el caballo terminado. Y uno de los niños, con los ojos muy abiertos, le preguntó:

—Pero... ¿cómo sabías que adentro de aquella piedra había un caballo?

(E. Galeano, *Amares*, pág. 119)

La educación es una tarea tan ingrata como trascendente. El educador trabaja para el futuro y, en la mayoría de los casos, no ve los resultados benéficos de su trabajo. En palabras de Virgilio, “Recolectan los nietos los frutales que tú plantaste” (“Carpent tua poma nepotes”, *Bucolicae*, IX, 50). Yo recojo el fruto del germen sembrado por aquella maestra de la República.

La educación ha de ser una tarea paciente que exige un asalto continuado y donde los aparentes fracasos no son sino estadios necesarios en el camino hacia el éxito, ese éxito que, como el horizonte, nunca se llega a pisar por completo. Ningún joven está condenado al abandono, por más que su trayectoria constituya una larga cadena de fracasos. Uno de los escritores con mayor reconocimiento en educación (Daniel Pennac) narra en *Mal de escuela* su propia experiencia. Es la de un niño desahuciado de la carrera académica por sus continuados suspensos, hasta que, a partir de los catorce años, encontró profesores que le ilusionaron. “Esos cuatro profesores me salvaron de mí mismo” (D. Pennac, *Mal de escuela*, Debolsidillo, pág. 83).

Educar es una tarea que exige vocación, porque, de lo contrario, el educador será un frío expendedor de datos y de teorías. Es necesario que el docente sea un apasionado de su materia (para lo que necesita conocerla a fondo) y que, a la vez, domine los resortes sensibles y los límites de sus alumnos.

La educación es un asunto de gran trascendencia para el hombre, tanto desde el punto de vista personal como social. En el libro de Luis Mateo Díez, *Las lecciones de las cosas*, se relata de forma novelada el viaje a Villablino de Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate y Manuel Bartolomé Cossío para crear una venerable institución docente: la Fundación Sierra Pambley. Se recogen allí estas palabras:

“Educación o Extinción”...—recordó don Gumersindo—...O nos educamos o nos extinguimos, o sabemos o no sabemos nada, y si nada sabemos nada somos. El que nada sabe en la ignorancia se diluye, sin libertad ni conciencia, a merced de quien ordena y manda” (Luis Mateo Díez, *Las lecciones de las cosas*, pág. 88)

La educación en España había alcanzado estos últimos decenios unos mínimos de financiación, sin duda mejorables, pero, al menos, suficientes para garantizar el derecho de todo niño a recibir enseñanza gratuita y digna. Permitía que, en principio, cualquier joven nacido en la aldea más remota o en el barrio más degradado, hijo de inmigrantes o adscrito a una etnia tradicionalmente segregada, pudiera incluso terminar estudios universitarios. Había llegado a todos, en las clases la ratio de alumnos por profesor era buena y la atención personalizada a los niños con problemas (hijos de esta sociedad compleja que nos ha tocado vivir) era aceptable.

Es cierto que la organización presentaba latifundios manifiestamente mejorables. Muchos reclamábamos para estos momentos una pedagogía menos formalista y numérica, más ilusionante, más ligada a los contenidos y a lo esencial. Son un clamor generalizado las quejas sobre descenso de los conocimientos que afectaron en un principio a la enseñanza media y que ya alcanzan a la universidad. Las consecuencias de esta caída en los niveles de exigencia en una materia como la lengua nos han conducido a una situación que se asemeja a la descrita en el relato de Ibn Battuta sobre la ciudad de Basora a comienzos del siglo XIV, relato que me pasa una querida profesora de arte con el irónico comentario “Bolonia viene de Oriente”. Dice así:

Asistí una vez en esta mezquita al rezo del viernes, y cuando se levantó el predicador y pronunció el sermón [*jutba*] cometió muchas y manifiestas incorrecciones en el lenguaje. Me asombré de ello y se lo dije al cadí Huÿyat ad-Dīn, que me respondió: “En esta ciudad ya no hay nadie que sepa una palabra de gramática”. Esta es una lección para quien quiera pensar en ella. ¡Alabado sea Dios, que cambia las cosas y vuelca los hechos! En Basora, a cuya gente vino a parar la autoridad en la gramática; donde esta misma tuvo su principio y su desarrollo; de donde salió el imán de la gramática [Sibawayhi, s. VIII], cuya superioridad nadie negó: ¡en Basora no hay nadie que predique correctamente el sermón de los viernes!

(Ibn Battuta, *A través del Islam*, Madrid, 1910, pág. 296)

Aunque muy serias, estas eran desviaciones propias del crecimiento y, por tanto, susceptibles de estudio, de análisis y de corrección. Sin embargo, los tiempos que vivimos son muchísimo peores. Los recortes que sufren nuestras universidades, la investigación y la cultura son terribles. Y lo peor es que no se atisba una esperanza en el horizonte. Se comenta por la villa y corte que lo malo de las reducciones en educación y cultura previstas para 2013 es que se parecen mucho a las del 2014. Sé que no debería mentar la soga en casa del ahorcado, pero los llamados recortes a la docencia y a la investigación son verdaderas

amputaciones que afectan a los pilares de la sociedad. Sus consecuencias no son momentáneas, y no se reparan como la fatiga con el descanso de una noche ni de muchas noches. Se asemejan a las causadas por el incendio de los bosques. Nuestras universidades desaparecerán de todas las listas de clasificación, y la pujante vida que posee en la actualidad nuestra investigación tardará en renacer, si es que renace, tanto como la de los bosques calcinados. Estamos asistiendo a una degradación del tejido social y nuestros hijos, sin duda la generación mejor preparada de la historia de nuestro país, se encuentra varada en el paro o condenada a la emigración. Se repite la terrible escena descrita por los alejandrinos de Antonio Machado:

Hoy ve sus pobres hijos huyendo de sus lares;  
la tempestad llevarse los limos de la tierra  
por los sagrados ríos hacia los anchos mares;  
y en páramos malditos trabaja, sufre y hierra.

(Antonio Machado, *Poesías completas*, Espasa Calpe, pág.495)

Cuando buscamos una explicación racional e inteligible, quedamos confusos ante una tormenta de explicaciones que siempre terminan acudiendo a una divinidad insaciable: el dios de los mercados. La explicación real es con frecuencia mucho más simple y se debe a muchas asimetrías en la asignación de responsabilidades. Por ejemplo, cuando un individuo o una empresa no pueden hacer frente a sus deudas ante los bancos, han de pagar con embargos, con la ruina o con la cárcel. Así lo prescribe el catecismo liberal. Pero cuando los bancos se arruinan, pagamos los mismos, incluso con derechos fundamentales como la salud y la educación.

No podemos permanecer mudos ante esta gravísima situación. Lo que afecta a la educación afecta directamente al país, a los ciudadanos. Manuel Bartolomé Cossío lo expresaba así:

Ya saben que me gusta parafrasear a Larra cuando pregunta: “¿dónde está España?”, preguntando a mi vez: “¿dónde está la educación, la pedagogía...?”. (Luis Mateo Díez, *Las lecciones de las cosas*, págs. 87-88).

La trompeta de Ennio, de terrible sonido, está anunciando con su taratántara que puede cobrar de nuevo vida aquella visión desoladora dibujada por don Francisco Giner de los Ríos en 1881:

De todos los grandes problemas que interesan a la regeneración de nuestro pueblo, no conozco uno solo tan menospreciado como el de la educación nacional (en *Francisco Giner de los Ríos*, Austral Summa”, Madrid, 2004, pág. 280).

Ante tanto desconcierto y ante un país en caída libre, buscamos luz y soluciones. Nos hallamos ante una hora de enorme responsabilidad. Hemos de

pensar, de razonar, de debatir, de proponer alternativas. También denunciar que se avecina un enorme desastre en educación e investigación. Por eso termino con palabras de Unamuno que resonaron tal día como mañana hace 76 años en este Paraninfo:

A veces, quedarse callado equivale a mentir. Porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia.

Salvador Gutiérrez Ordóñez